

corría á todos sin distinción de personas; á nadie cobraba por curar, y se contentaba con lo que la generosidad ó el agradecimiento le ofrecían, y con las pensiones que sus discípulos pagaban por su enseñanza, que eran muy módicas, estipuladas por contrato. No tuvo grandes riquezas; pero nada le faltó de lo necesario para la vida.....La imaginación fogosa de los griegos y el agradecimiento hicieron célebre su sepulcro; recogían con cuidado la miel de los panales, que se hallaban cerca del sarcófago del gran médico, creyendo que tenía virtud de vino para curar las faltas de los niños.

¿Y creeréis que con las obras literarias enunciadas, juntamente con los beneficios generales, que como buen ciudadano había impartido á la ciudad y al Estado, y sus filantrópicos servicios á los particulares, que lo elevaron á la cumbre de la gloria, terminó aquél hombre sin segundo entre nosotros su labor de maestro de mentor, de la juventud, de escritor, y de filántropo consumado? No es así: aquel espíritu gigante aún había de crear nuevas obras, prestar servicios, y nuevas mejoras, con nuevos discípulos en la década siguiente que iluminó casi por entero con su vida» (1870-1880), hasta extinguirse la antorcha de su pensamiento, después de haber presenciado en vida su apoteosis, [1884], y de haber agotado sus fuerzas en beneficio de la ciencia y de las letras, de la ciudad, del Estado y de la patria. En la década de que tratamos, juntamente con los discípulos suyos que se habían distinguido tanto en la anterior, tales como Ignacio Martínez, Pedro J. Morales, Hermenegildo Dávila, Juan de Dios Villalón, y otros, aparecen Ramón Treviño, Juan de Dios Treviño, Jenaro Garza García, Viviano Villarreal, Emeterio de la Garza, Cenuto García, Juan C. Doria, Narciso Dávila, fuera de los que, como Garza Evia, Dávila y Prieto, Lázaro Garza Ayala, y los dos Garza Melo, contemporáneos suyos, continuaban produciendo, ó ejercían sus nobles profesiones para bien del Estado y honor de nuestra cultura. Aparecían otros aún, la nueva generación, literaria y científica, á fines de esta década, como son Juan Sánchez Olivo, Miguel Martínez, Enrique Gorostieta, Ricardo M. Cellard, Adolfo Duclós Salinas, Jesús Garza Flores, Vicente Garza Cantú, Carlos Treviño, etc, que habían distinguirse tanto en la época siguiente, y de que hablaremos luego. Queda, pues un vasto campo en el *Lib. II* de esta *Sección* para tratar á contemporáneos y discípulos del grande hombre.

CAPITULO II.

Contemporáneos y Discípulos del Dr. González.

Oradores, Escritores y Publicistas.

(1870—1880.)

Lo que sorprende en el movimiento literario de Nuevo León en esta década [1870-1880], es la abundante producción del maestro, cuya sola enumeración deveras admira, así por la importancia y calidad de las obras, como por la dificultad y variedad de las disímbolas materias de que trata [1]. Mas como todo ello queda examinado en el Capítulo anterior, cúmplenos ahora reanudar y con justa desazón la interrumpida serie de nuestros poetas, y literatos, que el año de 70 contendían,—como hemos dicho—con las nobles armas de la emulación y del talento; tales fueron Alfredo Torroella y Juan de Dios Villalón: *justa* en que desde los comienzos ganaba el nuevoleonés, puesto que el gran poeta lo tenía y consideraba como digno de contender con él por medio del verso fácil y alabancioso y noble!

Las principales composiciones de Juan de Dios Villalón en este periodo, además de aquella que le dedicó á Torroella, con ocasión del estreno de «El Mulato,» es la intitulada «Paraíso Perdido,» en *Ocasionales reales*, rotundas y armoniosas; sirva de ejemplo la siguiente:

Cuántas veces en dulce arrobamiento,
Contemplando el lucero vespertino
Que se alzaba al grandioso Firmamento,
La negra noche á sorprendernos vino!

Entonces por un vago sentimiento,
Sobrecogidos de terror divino,
Alzando nuestras almas al Eterno,
Mudos volvimos al hogar paterno!

Cuanto á las composiciones inéditas ó escritas especialmente por Torroella en Monterrey, debemos decir que fueron tan escasas como de un mérito literario bien subido. Además de las *quintillas* enunciadas en el Capítulo anterior, publicó en *Octavas agudas* ó italianas "La Mujer," que es de las odas más inspiradas que conocemos del autor de "El Mulato." Su *oda* pindárica á "La Independencia Mexicana," en *Silva* valientísima y gallarda, y "Nostalgia," en *derivas* con *hemistiquios* de arte menor en cuartetos. Conocidas son por inspiración y el estro del sentido poeta; no obstante, citamos al acaso una Octava de su canto "La Mujer," pues que todas las estrofas son igualmente superiores:

Emanación del cielo! Luz radiante,
Que de la noche del dolor nos libra;
Arpa de oro, en cuyas cuerdas vibra
Solamente la mano del amor.
Salve mujer, á tí! víctima noble
Que dócil sufres el tirano yugo:
Cuando estás á los pies de tu verdugo
De tu aurora lo ciega el resplandor.

Junto á Ramón Uribe que por esa época publicó *odas pindáricas, eróticas y filosóficas* en gran número, aparecen dos nuevos poetas: Martínez Ancira y Juan B. Sánchez Olivo, á quien daremos lugar preferente en estas notas, por razones que son fáciles de suponer, tanto que, solo mencionaremos á Dávila, que continúa toda la *decada* sus cantos.

De los versos de Martínez Ancira, solo puede decirse en elogio á ellos, que están hechos conforme á las reglas de la prosodia y la métrica; pero sin que pueda adivinarse ese *raptó*, ó llámese como se quiera, que trasporta el alma y la conmueve, haciéndola sentir profundamente. Fué un escritor distinguido, pero no cultivó sino por casualidad el verso; como cuando dice en Oda pindárica [1870]:

Mirad ese pendón que enaltecido,
A cada instante á combatir os llama;
De mundo en mundo la gloriosa fama
Su renombre llevó.
Y cuando Hidalgo proclamara *ansioso*,
De Libertad el grito soberano,
El guerrero español, el fiero Hispano,
A su vista tembló!

Y, no obstante, ya veremos que es un prosista elegante y distinguido.

¡Qué diferencia de lo que Torroella, el adoptado temporalmente, y reconocido como nuevoleonés, decía con su voz expresiva, intensa y armoniosa, la misma noche, [15 de Sep. 1870].

Yo también,.....yo también traigo mi nota
Para mezclarla al fervoroso canto,
Que á la patria eleváis.....Para su manto,
Traigo una flor de las praderas mías:
Nacida al rayo de mi sol candente;
Bañada con el llanto del esclavo,
Y teñida con sangre independiente.
Paria de ayer, patriota de mañana
Con solo mi bordón de peregrino,
Cantando voy por el erial camino
Las glorias de la tierra mexicana.....

Admirando ese pensamiento noble y profundo, y ese verso limpio y sonoro se formó Gorostieta, que nunca lamentaremos bastante su retraimiento literario del 85 al presente. Allí, también comenzó á dar sus primeros pasos el apreciable poeta Sánchez Olivo. Ya para esa época y al lado de Torroella, decía en levantada Oda:

Si pudiera cantar ¡oh patria mía!
Con acento del Niágara sublime
La inmensa gloria de tan fausto día,
El ronco canto yo repetiría
De libertad el sacrosanto grito,
Que al resonar en mugidor Atlante,
Atruenen en la extensión de lo infinito.

Aquí se siente vibrar el alma del poeta, no obstante que era un adolescente; dice en seguida, en valiente apóstrofe:

Alzate ¡ho patria, valerosa y fuerte,
Formidable titán; el belicoso
Redoble del tambor sea canciones,
Que á tus hijos arrojen del reposo,
Para mostrar al invasor sañoso,
Que truenan en su suelo los cañones.

No obstante los lunares de la versificación y de ciertas expresiones, se ve que el nuevo estro tiene energía y brillantez de imaginación; véase como describe:

Negras nubes de polvo se levantan
Bajo los pies del invencible galo,
Y en remolinos áridos que espantan,
Se elevan al zenit.....¿A donde, á donde
Las miradas irán? Enfurecido,
Del horizonte el acerado Marte
Salta, y saltando, la guerrera trompa
Apresta con enojo tan profundo,
Que hace temblar en su cimiento al mundo!

A veces desaparecen todos estos lunares, y se distingue claramente al poeta, que se condensa con la fuerza incontrastable de una nebulosa, y que se transforma en astro. Véase la última estrofa, que dice, refiriéndose á Zaragoza:

Yo me siento feliz, de orgullo lleno;
Como tú,...yo desprecio al vil tirano;
Porque siento que corre por mi seno
Tu sangre liberal: soy mexicano.
Y por ello al mirarte, patria amada,
Como tímida virgen de consuelo
Levantar la cabeza laureada,
Fijando con amor una mirada
En el azul esplendente de tu cielo;
Permíteme exclamar enagenado,
Con la expresión de mi ardoroso pecho:
Insolentes tiranos! de rodillas.....
¡Viva la libertad! Gloria al derecho!

Pedro J. Morales, Villalón y Dávila, continuaban por ese tiempo ejercitando la *Oda erótica*, la *heróica* y la *moral* ó *filosófica*, principal-

mente el último, que en esa década produjo lo mejor que de él conocemos, y es del género moral; por ejemplo:

En la dulce expansión del idealismo
En que vuela la ardiente fantasía,
Por los encantos de ilusión llevada,
Salvando del pesar el hondo abismo...
¿Qué el corazón dirá? y el alma mía,
Temblando de placer, de immaculada,
Y purísima unción...¿qué por el viento
Podrá esparcir al desácorde acento,
De mi lira olvidada?

Cuánto tiempo ¡ay de mí! dejé del canto
El apreciado son, y el labio cuánto...
Cuánto, cuanto sufrió en silencio! la echicera
La mágica divina, alma ventura
Que tú Himeneo, á tu mirar derramas,
Enmudeció las cuerdas de mi lira.....
Quise grabar tu fuerte sentimiento,
Del corazón en la veraz historia,
Y no decirlo al hombre: que no es dado
De tan grande y perenne venturanza
Descifrar la dulzura...Es de esperanza
El célico gozar ¿Es del recuerdo
El gozo melancólico y sublime?
Es el deleite ignoto peregrino
De sueños de oro, de encantado cielo
Que finge la criatura cuando gime?
¿Es el beso de madre estremecida,
Al tierno encanto de la flór primera
Que saluda en su albor la grata vida?

Compárense los pequeños trozos que vimos de las *odas heróicas* y *epicólicas* de Dávila con estas bellísimas estrofas de esta *moral* ó *filosófica*, y se verá cuanto no hubiera ganado nuestra *Lírica*, si en vez de cantar en su agitada época á los héroes de la patria, ó al maestro, se consagra exclusivamente á este género. Que de todos modos se esparcidas en periódicos y libros!

De Ramón Uribe, —de quien ya hemos dicho algo— merecen con-
servarse sus sonetos principalmente, de los cuales alguno, nacido al

calor de la inspiración de Torroella, tiene el corte y la factura clásicos; como este:

Bellísima es la fuente cristalina,
Que resbala apacible, con dulzura,
Entre flores de cándida hermosura,
Mecidas por el aura matutina.

Bellísima es, también, la diamantina
Claridad del lucero que fulgura
En el silencio de la noche oscura.
Pero es mas bella su alma peregrina:

Que en ella Dios con bondadosa mano,
Desde el inmenso y elevado cielo,
La envió á este mundo de doblez è insano,
Para que fuera el perennal consuelo
Del mortal infeliz que busca en vano
La dicha y el amor en este suelo

Como con nuestro poeta Villalón, y la *ave de paso*, —como se hizo llamar el mismo Torroella— suscitóse entonces entre nuestros hombres de letras una lucha noble y caballerosa de emulación y rendimiento, en que se reconocía el subido mérito de las composiciones del émulo, ó se le pedía consejo ó consuelo en difícil trance ó profunda pena. Tal parece haber sido la causa de la bellísima versión de Victor Hugo que hizo el poeta cubano, dedicada al Lic. Manuel Z. Gómez, con ocasión de la consulta que le hizo nuestro literato, orador y político, al distinguido poeta antillano. La consulta, que se perdió, que parece estaba en verso, —se refería al himeneo de su hija, y a su separación. La versión en que le consuela el poeta es la siguiente:

Ama al que tanto te ama;
Que su tesoro te llama,
Cual yo te llamaba ayer,
Y el bálsamo de placer
En tu corazón derrama.

Porque aunque triste te pierda,
Quiero que con alborozo
Sin exhalar un sollozo,
Te lleves todo mi gozo,
Y me dejes tu recuerdo.
Vete; porque es ley forzosa,

Que impone un santo deber;
Vuela linda mariposa,
Hija, querubín, mujer,
Niña, enamorada esposa.
Vuélveme tu amor à dar;
Y pues mi mente no alcanza
Que me puedas olvidar,
Si le llevas mi esperanza,
No le lleves mi pesar
Adios: tu pecho latiendo,
Está al mio acompañando.....
Para que vivas gozando;
Sal de mi casa llorando,
Y entra en la tuya riendo!

Antes de pasar más delante con la enunciación de los poetas, conviene recordar que esta década fué la que vió, tal vez, mayor número de prosistas y oradores; porque además de la gran producción del maestro, toda élla perteneciente á la *oratoria* y *didáctica*, —como se ve en el anterior capítulo;— y además, también, de las que hemos llamado, con más ó menos propiedad, *antorchas* del viejo Seminario, —cuya longevidad puede decirse que fué, para bien nuestro, extraordinaria,—Garza y Evia, Dávila y Prieto, los Garza Melo, Quiróz y Martínez, Garza Ayala, Epigmenio R. Melo, Martínez y otros, que continuaron produciendo—algunos de ellos, como Dávila y Prieto obras importantes;—además de los oradores, prosistas y poetas antiguos, vemos que aparecen nuevos elementos para todos los géneros, con que los planteles del Dr. Conzález sustituían las bien conocidas celebridades literarias de mediados del siglo; tales eran, Lázaro Garza Ayala, Licenciado y General, que si del viejo Seminario, la agitada vida política y las campañas al lado de Zaragoza, su prisión en la Martinica, no le permitieron en las anteriores décadas [1850-1870] mostrar su ciencia y sus letras; Ramón Treviño, que ya desde 1867 se ensayaba en alocuciones pronunciadas á Escobedo y Treviño al salir á recibirlos en comisión á Cadereita, y Emeterio de la Garza, de dición gallarda y fácil, que como Pedro J. Morales en la década anterior, contendió, con ventaja, con el mismo Diario Oficial, en aquellas

épocas de continuas luchas; y que escribió como Profesor de Historia del Colegio Civil un excelente resúmen de "La Historia Antigua de México" del profundo y abundante Clavijero, y de que debemos dar una idea, antes de pasar adelante en esta enumeración de nuestros autores de ese tiempo.

En la "Introducción, el autor del "Compendio de la Historia de México" indica modesta y francamente que él toma los hechos de Prescott, Bustamante, y, principalmente, de Clavijero; sin que por ello carezca, añadimos nosotros, de la originalidad ó sello que el método ó plan, y sobre todo el estilo y la dicción, imprimen á una producción cualquiera.

Lo que más distingue á esta obra es su lenguaje, que sin ser pulcro ó atildado tiene el grado de corrección, ó de pureza, que atrae y convida á leer y á estudiar una obra, y que vuelve sencillo, fácil y atractivo lo que de por sí es difícil y árido. Porque en estas obras en que el fondo domina y absorbe, digámoslo así, la atención del autor, es raro, y como raro apreciable, que se le dé tal importancia á la forma en que aquellas se exteriorizan. Desde la introducción vemos que tal es el carácter dominante de esta obrita, cuando sencillamente y elegantemente se expresa el autor en estos términos:

.....Ojalá y mi pequeña obra despierte en la juventud el deseo de instruirse en este ramo de la ciencia! Ojalá que al mirar el ejemplo de nuestros antecesores se graben en el corazón de nuestros contemporáneos sus virtudes! Ojalá que esa misma juventud de nuestra patria dé como obra más completa que la mía un severo mentís á las naciones que deturpan la civilización de nuestros padres!..... Si esto llega á suceder, ese será, al ver que he contribuído con mi esfuerzo, el día más feliz de mi existencia.

El patriota que se advierte aquí no ofuzca al historiógrafo, toda vez que al consignar los ritos religiosos y las costumbres de los pueblos que poblaron el Anáhuac, y principalmente del Azteca, verdadero filósofo, ni denigra con fanatismo, ni absuelve por consagración, y emite reflexiones, sencillas conforme lo exige el carácter de su obra, que son prenda segura de su criterio recto y atinado.

Sería inútil entrar en disquisiciones acerca del orden y plan adoptados por el autor, ya que la geografía y cronología del Anáhuac

y sus emigrantes pobladores obligan, digámoslo así, á adoptar ese orden y plan ya determinados; pero si diremos breves frases acerca del criterio histórico del autor que se muestra desapasionado y excelente en varios puntos de la obra, como en este trozo, en que se refiere al origen de los pueblos americanos.

Sor J. I. de la Cruz y el Dr. Sigüenza, quieren que Nephtium, hijo de Misa, nieto de Cam, y príncipe de Egipto sea el antecesor de los americanos. Pero aunque concedamos que por la semejanza de las costumbres y obras de los egipcios con varios pueblos de la America sea probable esta opinión, de ningún modo podemos creer que todas las naciones del Nuevo Mundo procedan de un mismo origen, pues la multitud de idiomas y la diversidad de caracteres y costumbres de estos pueblos, prueban que no pertenecían á una sola nación, sino á muchas. Tampoco podemos convenir en que por cierta analogía en los usos y ritos de algunos pueblos, se infiera que los unos desciendan de los otros; así es que, no porque los mexicanos construían pirámides, computaban el tiempo y usaban los geroglíficos de un modo semejante á los egipcios, debemos admitir que ellos sean los antecesores de aquellos," porque todas estas cosas no las había en el tiempo en que los americanos se les separaron [Suponiendo como suponen que sean descendientes de Noé], pues que si vinieron un poco después del diluvio, ninguna de estas cosas existía. Tanto que las más antiguas pirámides se atribuyen á Sesostris por 1,600 años antes de Jesucristo; y también, porque sus edificios y geroglíficos mexicanos ofrecen distinta forma: fuera de que varios pueblos los han usado sin que esto sea razón para considerarlos como descendientes de los egipcios.

Saca luego la consecuencia de que proceden de diversos pueblos, según sus diferentes caracteres étnicos, lingüísticos y morales; lo que nos da un sólido criterio histórico que, juntamente con las demás cualidades que hemos hecho resaltar, hacen de esta obrita una de las más apreciables de las que han sido producidas por nuestros profesores del Colegio Civil.

Debemos mencionar por su abundante producción, y apreciable también, en esa década, á Hermenegildo Dávila, quien como el anterior fué escritor didáctico distinguido, y que produjo su "Arte Político," obra agotada y no reimpressa, y cuyo plan, método y ejemplos, que recordamos, los que en élla estudiaron nociones claras y prácticas sobre aquella materia que el distinguido profesor dominó y practicó de modo completo en sus variadas y bien apreciables composi-

ciones, que ilustró con adecuados y conducentes ejemplos de las ciencias naturales, y, en general, hispano-Americanos. No haremos de esto una sinopsis, á causa de la pérdida lamentable de tan brillante muestra del profesorado nuevoleonés, y en que trasparentaba, digámoslo así, el espíritu y consagración á la enseñanza del Dr. González; más diremos de otras dos obras didácticas, ambas del infatigable y esforzado escritor, que después de dar á la estampa el año de 1838 su "Nueva Hipótesis," y de que hablamos á su tiempo, á los cuarenta y tres años, amplifica y ensancha su primitiva obra y publica por primera vez sus "Apuntes para una Nueva Cosmogonía," obra originalísima que completó con la anterior el grueso volumen editado en 72.

Tiene esta obrita en su forma las mismas cualidades que ofrece la anterior, esto es: sencillez, naturalidad y corrección en el estilo; lenguaje fácil, claro y elegante, y cuyo tono suele elevarse hasta lo sublime. Cuanto á su fondo, con la originalidad dicha, ofrece ciertos caracteres, que bien importa que nos detengamos en su estudio por indispensables aunque breves comentarios.

Sentado en la "Introducción" que el hombre no puede conocer con certeza el origen del mundo, ni por el raciocinio ni por la experiencia, concluye que todo queda reducido á meras hipótesis racionales en este conocimiento. Luego interpreta conforme á este criterio racional las palabras:

In principio creavit Deus coelum et terram,

Diciendo que debe entenderse esta creación, respecto de los elementos y de la fuerza que les da forma ó figura, y los anima del movimiento que contribuye á constituir los cuerpos y sus fenómenos; que en opinión nuestra, equivale á decir que la creación es continua y en forma de desarrollo: de acuerdo con la escuela racionalista alemana procedente de la universidad de Goettingue.

En seguida, atribuye al calor, el principal papel en el movimiento de la materia, pues que él es el que *enrarece* los cuerpos, divide, extiende ó dilata, ó los disuelve; y dejándose llevar de su imaginación, el autor compara esa fuerza suprema con el telégrafo, cuyo medio—dice,— el creador de la naturaleza comunica al resto

de la materia las leyes de sus movimientos, así como su efecto puntual y exacto cumplimiento.

Da como principal razón de esto el que el calor es el mismo éter que llena los espacios, y que está dotado de suma elasticidad ó sutileza.

Podría argüírsele, es verdad, diciendo que si el movimiento es la causa del calor, ¿cómo puede éste, á su vez ser causa de aquello que es el mismo un efecto? pero no hacemos la crítica, si no que debemos hacer la exposición de su sistema ó hipótesis, y tan solo permitásenos rectificar, conforme á lo que la ciencia moderna considera como cierto, para que no se crea que autorizamos el error.

Sobre esa premisa ó concepción del calor-fuerza, supone, ingenuamente, que éste se desarrolla en forma de *expansión ó extensión*, ó como dice él,

por irradiación en líneas rectas, fácil, hacia todas las partes de espacio—*quaqua versum*.....

es una especie de esfera de actividad y movimiento de *irradiación*.

Explica, pues, la formación de *los cielos*—como dice—por medio de esa *irradiación* de la materia en partículas finísimas elementales y en vapor tenuísimo: especie de semilla que debía germinar, producir y formar los cuerpos celestes;

á la manera—continúa—del labrador que esparce en la tierra, de antemano preparada, la semilla, que á la caída de una fecunda lluvia, ha de crecer y fructificar. Quando paraban coelos addeat [Prov. 127.]

Lo que indica claramente el vigor de la imaginación de nuestro autor. Entra luego en conjeturas respecto del tiempo necesario para que se produjera esta formación, y calla, naturalmente, ante un problema insoluble.

Mayor imaginación, si cabe, muestra el autor de la hipótesis cuando intenta explicar con esta penetración del calórico irradiante la enorme esfera fluída, con sus partículas de materia entre la oscuridad y las tinieblas, ó sea el *Caos*; *et tenebre erant super faciem abyssi*. [Gen. 12.] Esto es lo que llama;

Tarde del primer día de la creación

Vendrá luego la mañana, el *luminico*, ó nueva era, la de la vida en que vivimos.

La luz sería, así, en esta hipótesis el resultado de una nueva fuerza impresa al calórico; como si dijéramos: del choque ó combinación *expansiva* ó de *irradiación*; y de ambos, con la luz, el éter mismo, que sería así un efecto, y causa, como habitualmente se le supone. De la formación del vórtice etéreo, por combinación de las fuerzas referidas resultaría el movimiento de revolución ó rotatorio, con el efecto de concentración de los polos al ecuador, ó de los extremos al centro, en aquella enorme esfera fluída; de que procedería la conglomeración y configuración de los cuerpos celestes en ese gran vórtice etéreo.

Claro es que admitidas estas premisas de las dos fuerzas, con la consecuencia de *choque* y *composición*, se deriva el corolario del movimiento rotatorio y sus efectos: con lo cual es fácil explicar la formación del globo, ó de cada globo, ó de cada astro, mares y continentes primitivos, montañas, y todo lo que la astronomía y geología han podido comprobar con la observación, los cálculos y la experiencia. Dedúcese, pues, de allí toda la astronomía, con todos esos conocimientos, verdaderamente prodigiosos, á que ha llegado el hombre en esta ciencia.

La dificultad está, pues, en la base, en la concepción primitiva que será siempre, tal vez, un misterio, y en que la misma hipótesis fundamental de Laplace se salva, debido á que es la premisa necesaria para su mecánica admirable! . . . No obstante eso, es digno de estudio el edificio perfectamente armónico y perfecto que el sabio maestro levanta sobre una base caprichosa, deleznable, si se quiere; pero que acusa fuerza de imaginación y un conocimiento profundo de los fenómenos que constituyen el caudal cierto de la astronomía.

Pasaremos, después de enunciar esta rara y admirable producción, de un gran escritor y publicista, á la abundante y nueva literatura que nos ofrece la década en que el Dr. González afirmó más y más su nombre como maestro, y su fama como Mentor de la juventud y *Benemérito del Estado*.

CAPITULO III.

Discípulos del Dr. González. Poetas y Periodistas.

(1870-1880.)

Por este tiempo, además de las fiestas cívicas, que jamás dejaron de verificarse, aún en medio de los mayores trastornos y revoluciones, en que ensayaban su musa jóvenes estudiantes ó aficionados á las letras; había, también, las funciones de beneficencia, que desde la década anterior provocaba y disponía el Dr. González, ya á beneficio del Hospital ya al del Colegio [1], y en que oradores como el Lic. Ramón Treviño y literatos como Pedro J. Morales, pronunciaban discursos y poesías, del mismo modo que en las distribuciones de premios, en que el sabio Dr. y maestro leía sus famosas piezas oratorias, que ya nos hemos referido.

Se despertó asimismo por ese tiempo la afición por las sociedades científico-literarias, como el "Liceo Dr. Mier," y "Florencio M. del Castillo," que celebró las fiestas cívicas con producciones de sus socios, y con gran solemnidad.

Se publicaban en ese tiempo multitud de periódicos, — "El pueblo," "El Nuevoleonés," "El Demócrata," etc. — casi todos políticos; pero en que no faltaban las composiciones serias ó jocosas, de que no carecía el mismo "Periódico Oficial," según precedente establecido desde el tiempo de "La Gaceta Constitucional de Nuevo León," y de don Joaquín García, —según lo hemos visto;—pero en esta década comenzaron á publicarse hojas exclusivamente literarias, ya inaugura-